

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8244

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 1 Y 56

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. Corresponsales en París E. A. Lorente y rue Cadourg, 6, Mr. J. Jones-Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, E. C. S. Mr. C. 186.—A. Inilustrador D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIANTE LAS 4

Martes 30 de Abril de 1889

MORALEJA

Por que á su suegra Doña Monserrate Se le pegaba siempre el chocolate, El cuidado Ginés, daba al infierno Su miserable condición de...
Compre Vd. chocolate de Valencia Y verá como cesa su quebranto. Efecto: á otro día. Fué á buscarme Ginés deshecho en llanto Y así con afición me repetía: *¡Qué es mi providencia, soy dichoso; Doña Monserrate! ¡Que antes no le gustaba el chocolate Le ha parecido hoy el de Valencia Cosa exquisita Que ella misma se ha hecho una tacita cuidando con esmero y diligencia Que no salga pegado Por eso digo, Vd. es mi providencia Usted joh D. Benigno! me ha salvado.*
Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.
Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Caridad 3 Cartagena.

La Dirección general de Comercio.

El actual ministro de Estado ha propuesto la creación de una dirección general de Comercio, semejante al Board of Trade de Inglaterra, la cual debiera reunir todos los asuntos relativos al comercio y la navegación, hoy distribuidos entre varios ministerios.

Es aceptable el pensamiento, y merece indudablemente fijar la atención pública. No pretendemos divulgar una verdad desconocida al hacer presente el atraso en que estamos en punto á trabajos estadísticos, en reunir aquellos datos, seguros y exactos, de lo cuales parten cuantos se dedican á especulaciones mercantiles para realizar ulteriores actos de comercio, y cuán difícil es para un particular, que á fuerza de paciencia y tiempo quiera reunirlos, el hallarlos dispersos y repartidos entre diversos centros administrativos.

Esa proyectada Dirección general de Comercio más que del ministerio de Estado, como se proyecta, debiera depender del de Fomento, ocupándose en publicar las Memorias consulares y estadísticas mercantiles, que son pocos por desgracia en España los que en ellas fijan la atención, en armonizar los trabajos de las Cámaras de Comercio que carecen hoy de unidad, de favorecer la marina mercante; que no puede ni debe estar alecta al ministerio de Marina, de regularizar y disminuir el importe de las concesiones terrestres, porque las empresas de ferrocarriles deben tener en este punto una inspección más eficaz, de dirigir la emigración á puntos convenientes, de estudiar las reformas que convengan introducir en los tratados de Comercio, reuniendo datos y noticias para el cabal estudio de este punto, fomentar las exposiciones, y en suma, suplir por todos los medios posibles nuestras relaciones mercantiles con otros países.

Es natural que para ello el nuevo centro proyectado necesitaría contar con un personal apto é idóneo, conocedor y peritísimo en estos asuntos, de conocimientos especiales, inamovibles y con garantías que

le permitiesen adquirir una larga práctica, que no se consigue obteniendo por empeños una credencial y estando sujeto á los continuos vaivenes de la política.

En Francia se ha fundado recientemente la Unión colonial por los particulares que están deseosos de extender el círculo de sus relaciones mercantiles y aumentar su tráfico; en Alemania se crean museos comerciales imitando á Bélgica; Inglaterra, funda factorías en todo el mundo para dar á conocer sus manufacturas y dar salida á sus productos. En tanto aquí, en España, ninguna iniciativa ni oficial ni particular, ó á lo menos muy contada, sigue este derrotero que nos trazan las naciones más adelantadas en punto á relaciones mercantiles.

Si hubiésemos llegado á alcanzar la cultura de que disfrutaban otros países, no fuera seguramente tan necesaria y precisa la intervención del Estado. Pero en nuestra nación, que todo está por hacer, necesitamos, no es posible desconocerlo, así como una dirección, una guía que indique el camino á seguir á la actividad que, luego de despertada, es fecunda siempre en resultados.

Y el Estado no se cura tampoco de eso. Los gobiernos, por lo regular hacen lo que se les indica, si á tanto llega su buen deseo de inspirarse en lo que reclama el país; pero hacen poco por adelantarse á sus necesidades y aun para atender á ellas, antes de que lleguen hasta á él los clamores del deseo sentido ó los apremios de la necesidad.

De ahí que señalemos con piedra blanca todo acto gubernativo que represente un estudio, ó toda iniciativa ministerial que tienda á perfeccionar un servicio ó á mejorar un organismo en la complicada máquina administrativa.

Por ello consideramos bueno el proyecto del señor marqués de la Vega de Armijo y deseáramos verlo cuanto antes realizado. Pues los gobiernos, por desgracia, distan mucho de ser eternos y los ministros nuevos creen muchas veces dar muestras de celo y de iniciativa reformando ó archivando los proyectos de su antecesor.

Variedades.

Soluciones á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª

CAROLINA.

2.ª

PECADO.

Charada.

Del prima tercia que pude á prima dos regalé un bello dos y primera de color prima dos tres.

E. A.

La solución en el número próximo.

PARA EL OTRO MUNDO

Mi tocayo, D. Francisco, que en esto de temperatura está muy fuerte, me dijo ayer en la redacción del Eco, que estábamos en plena

primavera; yo, que opataba todo lo contrario, me permití decirle que eso de estar en primavera son voces que corren por los senderos para dar salida á las ideas de entretiempos, pero D. Francisco, que á disputar no hay quien le ponga el mingo, insistió en lo que había dicho desafiándome á que consultara el calendario.

«Esa es la cuestión», decía, «consulte V. y se convencerá.»

En efecto: anoche vi el almanaque, que por cierto el que yo tengo es incapaz de decir una cosa por otra, y me persuadí hasta la médula de los huesos, que estamos en primavera oficial.

La primavera es como si dijéramos, la antesala del verano.

Valiente antesala nos está dando la misma idem del que debe ser verano.

Todo va cambiando lo mismo en el cielo que en la tierra, que en el espacio de uno á otra.

Las flores vistén de invierno como en Enero y Febrero: el cielo sigue velado como cuando apenas hay día.

Las capas y los gabanes de pieles, y los paraguas y todo aquello que está á la orden del día en los alrededores de Navidad, continúa inalterable á nuestra disposición.

Yo que soy tan aficionado al verano no puedo conformarme con estos camelos de la temperatura.

Aun me acuerdo de lo bien que lo pasé el último de los veranos.

Quincena de Julio y mes de Agosto.

Feria, baños, toros, circo de la Riba..... ¡ah!... este último, de elegante construcción, y sólida armadura, con un preciosísimo toldo hábilmente dispuesto, era mi encanto.

Por diez céntimos y en noches solemnes, cinco, me echaba al cuerpo un juguete lírico-cómico, que me dejaba redando.

Del circo trasladaba mi individuo á la feria, donde por igual cuota á la del circo, tomaba una silla y disfrutaba de la frescura y del panorama que ofrecía aquel salón cuajado de niñas bellas... es decir, bellas y no bellas porque de todo había.

Una noche me senté junto á una columna de las que sostenían los grupos de luces que iluminaban el grandioso recinto de la feria.

A mi izquierda había una viudita bastante bien parecida.

Antes de pasar adelante debo advertir, que yo no tenía certeza de que fuera ó no viuda: iba de riguroso luto, y esto me hizo matarle á su marido desde que la ví, sin el menor antecedente.

Repito, que mi vecina, durante un par de horas, era bastante bonita, y si no lo había dicho tan claro, lo digo ahora que para el caso es lo mismo.

Deseoso yo de emprender conversación aproveché un momento en que el abanico se le cayó y cogiéndolo apresuradamente, lo devolví á su dueña.

—Gracias, me dijo ella con una voz suave, como si saliera de los labios de un ángel.

—No hay de qué, le contesté inmediatamente, y después de todas las fórmulas de buena educación, emprendimos el siguiente diálogo:

—Las abanicos son muy preciosos en estas noches de calor. ¿Verdad que así es?

—Y lo son, contestó ella, pero yo no podría decirle más. (Descanso de cinco minutos.)

—¿Es V. de aquí señora?

—No, soy de más allá.

—Murcianita, ¿eh?

—No sabe, soy del otro mundo.
—¿Del otro mundo? ¿Y qué mundo?
—No sé, pero me parece que soy del otro mundo. (Segundo descanso de cinco minutos.)

—Vine aquí por casualidad.

—Yo creí que por mar.

—Vine siguiendo á un ingrato.

—¡Infame!... y ¿lo ha encontrado usted?...

—No; pero lo encontraré.

—Así sea.

—Yo diré á usted: ¿qué es si celebrará encontrarlo ó no. Si doy con él, me lo como.

—Señora, por pequeño que sea ese ingrato, debe tener mucho que comer para una señora tan bonita como V.

—Caballero: ¿ha dicho V. que soy bonita?...

—Lo he dicho y me ha quedado corto en mi apreciación, porque V. más que simplemente bonita es divina.

—Veo con disgusto que V. está en el secreto. La consigua entre ese ingrato y yo era esa.

—La de bonita?

—Esa misma: pues poco tendría que estudiar para eso santo y seña. Quien como usted lo es tanto, ¿qué le importa, no es una gracia.

—En fin, caballero, le gusto á V?...

—Mucho, muchísimo, cuánto puede gustar una mujer.

—Pues me gusta mi mujer.

—¿Ha mencionado V?...

—Mi mujer, sí: yo soy de ese modo de pensar: yo le he guardado á usted, desde me ha gustado, y mañana mismo en la Iglesia vieja, le cura nos echamos bendiciones y olvidado al ingrato que me ha traído á esta ciudad.

—Aunque mañana mismo me parece demasiado pronto, aceptarla gustosísimo si una sola pequeña razón no se opusiera á ello.

—Es V. pobre?...

—No soy rico, pero tengo para ir saliendo del día.

—Tiene V. novia?...

—No, no señora, no la tengo.

—¿Pues entonces qué dificultad se opone á nuestro matrimonio?...

—Una de poca monta, pero al cabo y al fin, dificultad.

—¿Pues qué quiere saberla, dígamela V.

—Como que no hace nada, me fui poniendo en pie, y ya dispuesto á confundirme entre las masas que discurrían por aquel paseo, acordándome á su oído le dije:

—Caballero, no puedo aceptar su mano porque... porque... porque soy casado.

—A pesar de mi bravura en desviarme pude oír la tempestad de improperios que descargó sobre mí la señora del otro mundo.

Indudablemente las americanas tienen unas bromas pesadas.

Después de todo, yo lo considero como una nube de verano, y cuando la brota tuera sigámosla al calor, sin más gracia.

—Pues me gusta su conversación de unas niñas que me gustan mucho, que en paz me gustaría que se muera, cuyas preciosas palabras me llevaron de la mano á la parada de Concha, y allí me hicieron soltar la rubeca de lo lindo.

Nada: el verano me da vida, salud y alegría.

Esos baños de estar tan recomendados para las fuertes emociones son el encanto de mis servicios.